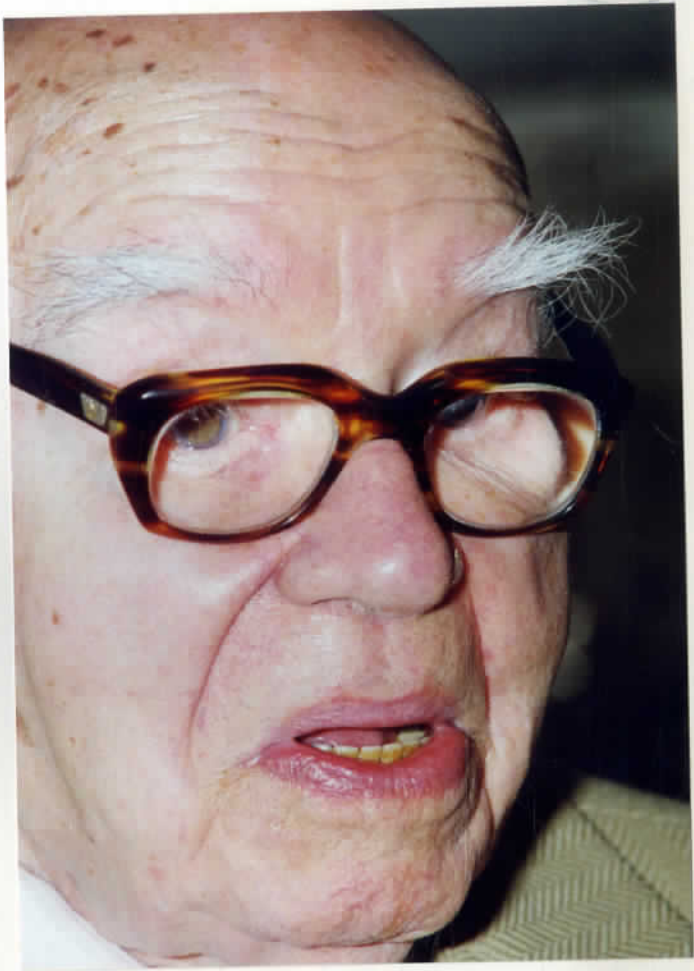


BIBLIOTECA  
"ESTEBAN  
ELIZABETHA"  
SANTA ROSA



Cabete, 14 de mayo 1993

A

ERNESTO MONTEAYARO  
en cordial homenaje  
esta novela que enfoca  
la decadencia de las artes  
plásticas en el siglo XX

D. Filloy

Cadalla, 31 julio 1993

(Por Mempo Giardinelli) El escritor cordobés Juan Filloy cumplió el domingo pasado 99 años. Y su novela *Op Oloop* (1934) hace 59 años que emite destellos deslumbrantes. Yo la leí por primera vez hace unos 20 años y me rendí a su alma, sabiduría y libertad. Escrita en una de las prosas más brillantes y perfectas de la lengua castellana, la vieja edición de Paidós contiene uno de los poquísimos estudios sobre este gran escritor, con la firma de Bernardo Verbitsky.

Caudalosa como una catarata, toda la obra de Filloy es de una precisión absoluta y el silencio a que está condenada representa uno de los crímenes más inexplicables de la literatura argentina. En mi opinión, no hay escritor que utilice nuestro lenguaje, textualmente, como lo hace él. Por eso es tan difícil leerlo, por eso es tan árido. Su erudición es tan grande que hay que leerlo con el diccionario al lado.

Después de *Op Oloop* leí *Estafen* y enseguida *La potra* (todos los títulos de sus libros tienen siete letras, simplemente porque le pareció gracioso) y mi admiración creció con los años, a medida que leía sus libros y artículos en *La Nación*, en cuyo suplemento colabora desde hace 60 años.

Filloy se adelantó treinta años a todos los parodistas de la narrativa latinoamericana contemporánea y a la novela barroca de los 60. Autor de una verdadera comedia humana, este Balzac argentino escribió alrededor de cincuenta novelas, casi todas en ediciones de autor, provincianas, lo cual ha limitado su proyección.

Acaso eso mismo lo enaltece porque jamás bajó a Buenos Aires en busca del poder literario. Jamás franeleó con ningún poder. Como artista, en ese sentido, es un modelo de constante dignidad, de ironía, de espíritu crítico y de ética. La vida de Filloy es un ejemplo de libertad y de virtud, de consecuencia entre lo que hizo y lo que pensó.

Lo conocí primero por su obra, que es la mejor forma de conocer a un escritor. A medida que lo fui leyendo descubrí que era un adelantado en muchas cosas: se anticipó a Henry Miller; fue un precursor de la crítica de cine; en su libro *Yo yo y yo* escribió un ensayo sobre Walt Disney que se adelantó al *Para leer el Pato Donald* de Dorfman. *Op Oloop* es antecedente irrefutable de la obra de Leopoldo Marechal, que es obvio que se inspiró en esa novela cuando escribió *El banquete de Severo Arcángelo*. Y muchos textos de Julio Cortázar no se hubieran podido escribir sin la obra de Filloy detrás. Cortázar tuvo la delicadeza de admitirlo, e incluso en *Rayuela* lo menciona. Es un tesoro, este hombre. Un tesoro rigurosamente ignorado por la Argentina.

Fue juez durante casi 60 años y, co-



## Al maestro, con cariño

mo tal, un hombre de vida recatada, un asceta. Estuvo casado más de medio siglo con la misma mujer. Habla y lee varios idiomas, se carteo con Freud en alemán y estudió griego mientras recorría Grecia, a fines de los años 20. Luego fue a Egipto, navegó todo el Nilo y escribió su primera novela: *Periplo* (1930). Jamás fue mimado por el periodismo, y la crítica académica nunca se ocupó de él. Su obra —que es luminosa— constituye un verdadero legado cultural casi secreto.

No hay género que no haya frecuentado; no hay estilo que no haya intentado; y su humanismo y filosofía son ejemplares. Escribió tantos sonetos como Góngora y Quevedo, y además son sonetos perfectos. Dueño de un sentido del humor inimitable, no hay palindromista como él, y lo demuestra el delicioso divertimento que es su libro *Karcino*. También ha escrito teatro, ensayo, cuento. Verdadera enciclopedia viviente, Don Juan es uno de los hombres más eruditos y cultos de la Argentina. No es inferior a Borges, y su obra tiene una vitalidad y un estilo tan vigoroso y personal que impacta.

Cuando volví a la Argentina, la primera vez que fui a Río Cuarto me encontré con un viejo absolutamente delicioso, juvenilmente brillante. Aunque bastante sordo —es su única deficiencia—, me impactó desde sus dos metros de altura, la agudeza de su mirada y el brillo de su charla. Lo visité en varias ocasiones, cruzamos cartas casi todos los meses, y entre mis recuerdos más hermosos guardaré para siempre el de haber caminado por Río Cuarto junto a él, durante horas, en la época en que llegan las golondrinas desde San Juan de Capistrano, en California.

Admiro la sabiduría que da la ve-

jez, y la libertad que les permite ser pícaros y cabrones. Por eso adoro el desparpajo de Don Juan, el nunca ser careta, el decir siempre lo que piensa. Su vida y su obra son un ejemplo de antihipocresía. No hay satírico más corrosivo que él en la literatura argentina. En él la parodia y la mordacidad son elegancia y son estilo.

Filloy —quien se define socialista aunque nunca tuvo militancia partidaria— escribió una de las primeras novelas antidictatoriales de los 70. Se titula *Vil y vil*, y circuló en el comienzo mismo de la dictadura de Videla y fue prohibida por la Junta Militar. En 1976 este viejo magnífico tenía más de 80 años y publicaba una maravilla de novela paródica, por la que fue interrogado por militares a los que respondió con clases de literatura. Durante el régimen de Videla, y en la Argentina.

Sus contemporáneos lo conocieron pero —es evidente— pocos lo estimaron. Hay fotos de Filloy con Borges y casi todos los escritores de los últimos 60 años. En su biblioteca de 18.000 volúmenes (que hoy junta polvo en una casa cerrada de Río Cuarto) abundan las primeras ediciones con dedicatorias admirativas. Pero muy pocos hablaron de su talento, y lo cierto es que hoy su obra casi no se lee. Y capaz que sus libros no se encuentran ni en la Biblioteca Nacional.

Pero Filloy sigue escribiendo: decidido a vivir por lo menos hasta los 106 años (anhela ser un hombre de tres siglos: uno que nació en el Diecinueve, vive todo el Veinte y alcanza el Siglo Veintiuno), el año pasado publicó dos libros, y en el último marzo una novela interesantísima: *Lapurga*. Y aunque la literatura argentina sigue ignorándolo, a los 99 años Filloy sigue escribiendo. ¡Grande, Don Juan!